



NOCHE Y DÍA

JUAN JIMÉNEZ GARCÍA

ASESINATOS RITUALES. POEMAS, DE BOHUMIL HRABAL (GALAXIA GUTENBERG)

Querido Hrabal. Estoy siempre tan cerca de ti que a veces pienso que soy el sueño de un escritor checo, que ya murió, o aquel escritor checo es el sueño de un nadie español, que sigue aquí y soy yo. Esta ha sido una mañana rara. Levantarse temprano, empezar a leer, a leer tu poesía, tantas veces esperada. El día aún no ha llegado, la noche lo es todo, y los versos saltan de rama en rama en el árbol de la poesía. Entonces ha llamado mi madre: mi padre no lograba ponerse en pie, se caía. La fiebre, la misma historia que se repite de cuando en cuando. Poesía interrumpida. Vuelvo, y el robot de limpieza pasea por la casa. Reparas que en su inteligencia olvida las cosas y, alguna que otra vez, vuelve a algún lugar ya abandonado, como si acabara de recordar. Ella lee. Finalmente lee. Más allá, hay un jarrón con flores marchitas. La otra vida sigue al otro lado de otra ventana. Sigo leyéndote. Las imágenes se suceden y lo que parecía alegre, intuyes que es triste, mientras de la tristeza surge una cierta alegría, una alegría de vivir, de ser, de ser incluso cuando es tan complicado ser. Yo lo sé bien, aunque solo sea por esta semana en la que las cosas tienen tendencia a caerse. El trabajo, la tranquilidad, la columna a la que me aferro, mi padre. Leyéndote, mientras la luz del día aún estaba por llegar, los poemas eran eso, poemas. Pero conforme todo iba pasando, entonces se confundían con mi vida. Los fragmentos se pegaban entre sí, y pintaba las roturas

con ese dorado que usan los japoneses no para disimularlas, sino para incidir en ellas, hacerlas reconocibles. Espere largo tiempo tu poesía. Desde que un día leí aquellos versos en *Los frutos amargos del jardín de las delicias*, y a menudo, cuando no sé qué hacer, cuando no sé qué hacer de verdad, con mis días, conmigo mismo, con todo lo que me rodea, me los digo: *Vino un hombre y dijo / que se ha vuelto indiferente a todo, al amor, al dolor, / y que ya no sabía qué hacer y quería un consejo... / y no pude decirle más que aconsejarle que construyera un puente sobre sí mismo / y lo cruzara hasta llegar a la calle, caminara con todo el mundo; tú llevas lo tuyo y lo que arrastran los demás. / Solo quería decirte que el camino a todo lo que la vida ofrece circula a través del frío intenso.*

Vivir no es fácil. Vivir cansa. En la poesía de Hrabal está Poldi y sus víctimas, están las calles de Praga, están los vivos y los muertos, el ruido, el silencio. Escribe sobre su amigo Vladimír Boudník, y dice de sí mismo que *te acostarás en ti mismo, sobre ti mismo, dentro de ti*, unas pocas palabras para encontrar la pérdida o para perder lo encontrado. Francesc preguntaba ayer por

la belleza y hoy tendrías un libro para decirle ¡es esto!, sin que sepa muy bien qué es esto, más que misterio tras misterio, porque la poesía siempre fue para mí un misterio que no quise resolver, una manera de entender la música, un puñal en el pecho, una respiración adormecida. Renuncio a buscar significados, porque solo entiendo de sensaciones. Soy un sentimental y también lo era Hrabal, y ser sentimental es tener un apego por todo, incluso por el mal, por lo terrible. Dice: *¿No te parece que la situación es desesperada? Y, sin embargo, no hay motivo para lamentarse.* Entiendo esto. A veces, señalo una frase que flota entre los adoquines praguenses: *¡Movimientos de animales extinguidos hace tiempo!* Dice que la poesía es la sangrienta creadora del mundo. Y que la vida es desgracia y amor y fidelidad a la belleza resplandeciente al precio de la propia vida. Entonces, te conmueve. Te conmueve y caes atravesado por flechas, porque eres antiguo, tan antiguo como el mundo. A menudo creo estar en el lugar equivocado, nunca cuando leo a Hrabal, espacio reconocible. Otro yo. Hay que entenderme. No digo ser cómo él, sino compartir algo, algo que nos es íntimo. Compartir

temores, escalofríos y cosas que tintinean o chocan en nuestra cabeza. Algunos de sus poemas acabaron siendo relatos. De *La bella Poldi sale ěarmilka*, o de *Bambino di Praga, Kafkiana*. Entre todo, el mismo aliento. Esos juegos con el collage, ese collage que recoge las obras maestras de las vidas de los demás y les da otro sentido, convertidas en algo propio, en algo cercano. Hrabal se apropió de Praga, se apropió de sus calles, de sus gentes, de los sonidos, las plantas, la meteorología, los tranvías, las frases sueltas y Praga acabó siendo él, en un movimiento de restitución. Cuando hace unos años fui a Praga (tras toda una vida con ella en el pensamiento, esperando pacientemente a la persona adecuada), lo primero que hice fui ir hasta la calle aquella donde había vivido el escritor. No lograba encontrar el sitio, y aquella Praga estaba lejos de la ciudad vieja o nueva. Estaba enfrente de aquel mural, tras haber atravesado aquel pasaje, tras ver que aquella calle era como otra calle, pero no era otra calle, porque era su calle, pensé, si es que pensé algo, que nada existe sin las palabras que lo nombran. Una ciudad, un lugar, solo existe porque alguien escribió o pensó, con esta poesía ininterrumpida. Cuando terminé de escribir todo esto, pienso que es innecesario, porque no habré dicho nada más que no haya dicho ya Monika Zgustova traductora, en su prólogo, que es bellissimo y tan justo. Tal vez solo sea como ese otro verso: *Hoy todo parece inútil.*

POR DENTRO TODO ESTÁ PERMITIDO

ÓSCAR BROX

YO RECORDARÉ POR USTEDES, DE JUAN FORN (SEIX BARRAL)

Hace poco leía *Ensayismo*, colección de lecturas, textos e ideas potentes en la que Brian Dillon, su autor, conjuraba todos los misterios del ensayo para mostrarnoslo como una suerte de actitud hacia la forma. De un tiempo a esta parte, el ensayo se ha convertido en un banco de pruebas para la escritura. Combinaciones, entrecruzamientos, conexiones... la hoja en blanco como territorio para desmenuzar unas cuantas cosas, para fertilizar unas cuantas ideas y, en fin, proponer en paralelo una especie de autorretrato lector. De biografía escrita a partir de libros. O de autores. O de textos. Siempre digo que me gusta más Jorge Barón Biza como reseñista que como escritor, por esa habilidad para dar con las palabras. Da igual si se trata del minimalismo en las instalaciones de Dan Flavin o si aborda, de plano, el arte de la reseña. En lo que escribía encontraba ese talento subterráneo para dar sentido a las cosas. Ponerlas en valor. Recordarlas. A Juan Forn, probablemente, se le conoce poco en España. El peso de su labor editorial, crítica y textual no ha sido suficiente como para alcanzar el otro lado del Atlántico. Esto, lejos de resultar un hándicap, supone un maravilloso descubrimiento cuando uno se acerca a su *Yo recordaré por ustedes*, que es una suerte

de reunión de textos que oscilan entre el retrato, el comentario y la pura literatura. Lo último debería servir para dejarnos claro lo gozoso de su lectura, porque Forn era un escritor formidable. De esos que te muestran lo conocido y, sin necesidad de arabescos ni retruécanos literarios, saben cómo escharbar en ello para explicarte todo aquello que faltaba aún. Y lo cierto es que esta colección, a ratos pintoresca, podría funcionar en muchas direcciones: como diario, como texto crítico, como selección personal, memoria lectora y, si apuramos, hasta como novela de escritores. Porque lo justo es reconocer que Forn no se limita al retrato, la descripción o la anécdota, sino que se obliga a hacer que todo eso crezca hasta convertirse en historia. En literatura. No importa de quién se trata, ya sea el negro de Banyoles o el pintor Hokusai.

Aunque organizado a partir de un criterio interno mediante el cual hilar los textos recogidos, Yo recordaré por ustedes podría abrirse y cerrarse en cualquier página. Con Forn me sucede como con Fleur

Jaeggy, ambos poseen esa maestría para encapsular en el menor espacio posible el relámpago descriptivo con el que dar cuenta de un nombre, un rostro, un lugar o un tiempo. Su retrato de Robert Walser es bellissimo, en tanto que lo muestra a través de sus infinitas caminatas, su desafortunada trayectoria vital y esa sensación de privacidad recogida a través de una fotografía en la nieve. Otro tanto para Peter Altenberg, de quien recientemente publicó un libro *Hurtado y Ortega*, al que Forn pinta como un intelectual y un mendigo, una fuerza de la naturaleza cultural y uno de esos frutos extraños de una Europa al borde de estallar. Leyendo a Forn todo suena más interesante; incluso, diría, lo ya conocido se nos aparece como si, por algún misterio, tuviese todavía algo de desconocido.

Son hermosas sus piezas sobre el hermano de Wittgenstein y Akutagawa, Alberto Savinio (*“lo único que quería del arte era que le permitiera hacer algo que se corporizara inequívocamente en nuestra mente”*) y Vasco

Protolini, al que entremezcla con sus recuerdos maternos y familiares. Por sus páginas circulan un Fellini en estado depresivo, Josephine Baker y Le Corbusier cruzando el océano rumbo a Buenos Aires o Claude Cahun y su último autorretrato. En todos ellos hay pasión por recordar (una época, unos nombres, quizá un estilo), pero también por narrar. Y la sensación de que no hay espacio pequeño ni género menor. Solo espacio en blanco al que Forn se entrega gozosamente contando historias de malogrados, genios o figuras olvidadas, la mayoría de ellas en ese tortuoso Siglo XX. Si el ensayo es una cuestión de actitud hacia la forma, resulta justo ver en Juan Forn a uno de sus más delicados practicantes. Sus textos no eran pedantes, tampoco transparentes, ni caprichosos ni eruditos. En cambio, sí poseían esa rara capacidad de saber cómo poner en orden ideas y pensamientos, memorias y palabras, de modo que a través de todo ello pudiese armar una historia. Un recuerdo. Un retrato. Y en verdad hay mucha literatura en este recorrido histórico, y también mucha hambre por narrarla, por conquistarla, por divisarla en cada hoja escrita. Este libro de Forn es un gabinete de las maravillas, un testamento lector escrito durante años. Puro gozo.

CARTA A LA BRUJA

FRANCISCA PAGEO

LA FLOR DE LIS, DE MAROSA DI GIORGIO (WUNDERKAMMER)

Querida Marosa:

Ya es primavera y se ven las golondrinas por los tejados. Ya es primavera y lecturas como esta tuya me entrelazan con un mundo que creemos perdido pero que está ahí para que tú me lo ofrezcas, con tanto esmero y parsimonia. Porque es en las flores donde anidan tus sentimientos, tus esperanzas, tus anhelos. Es en este estudio que realizas sobre el mundo que puedo encontrar yo también mi mundo natural y mi erotismo que cae y cae y cae hasta lo más hondo del abismo. Tus palabras enmudecen a cualquiera, y este libro solo lo podías haber escrito tú, bella dama, bella flor de loto flor de lis que emerge sobre las aguas superficiales de las fuentes. Este mundo fantástico lleno de feminidad que recorre las chacras, esas granjas latinoamericanas como la que habitaste desde tu más tierna infancia: está lleno de vírgenes, de flores de todos los tamaños y todos los colores y todos los olores; está lleno de animales y está lleno de ti. Tú que desprendes viveza y alegría y una extraña pasión por ese mundo que subyace bajo la poesía que logras transmitir.

Es esta una prosa poética que nutre, que altera la vida pues la seduce y la endurece. No es una prosa fácil, pues tú tampoco lo eres. Eres una mujer compleja que ilumina las cosas allá por donde pasas. Iluminas a tu familia con tus cantos, iluminas los jazmines con tus palabras. Flor de loto flor de lis que vives entre la naturaleza, entre los conejos y entre las zarzas que crecen silvestres a tu alrededor. Esos ojos de precipicio que lanzas a sobre la vida, pues solo de esa manera encuentras el abismo y lo habitable en ella. Ojos de precipicio que miran y miran a su alrededor y miran tan hondo que hasta eres capaz de sacar todos los aromas y los colores de todas las flores con las que te cruzas. Eres aquí toda tú. En estas palabras te transformas y vives. En estas palabras escoges lo que quieres sentir y te retuerces como una flor que va marchitándose hasta

dejar caer sus pétalos sobre tierra mojada. Tierra de lluvia. Tierra que riega al cuerpo y a los animales. Tu erotismo es así, también, tierra húmeda. Son los lirios y las orquídeas que rodean tu cuerpo hasta hacerlo gemir. Y tu voz también gime y es tan potente, tan viva y tan esplendorosa que eres capaz de hacernos estremecer a nosotros también. Tus palabras son el tierno amago de la alevosía primaveral, es la primera palabra del mundo en este mundo terrenal. Te sientas cerca de las ventanas y miras por ellas y nosotros a través de ellas te miramos a ti. Eres tierna y eres dulce, y tu mirada es inocente pero también pilla y pícara. Hoy, cuando te escribo esta carta, gorjean los pájaros. Apenas son las ocho de la mañana y puedo sentirte aquí a mi lado, susurrándome con tu voz de niña-adulta, de adulta-niña, pues nunca terminaste de ser ino-

cente y siempre tuviste una mirada observadora y analítica que busca y busca hasta encontrar luz y revuelos y a veces algo de paz. Revolotean los pájaros por el cielo y un mirlo negro se posa en la cara del cura. Este mirlo que tiene tus ojos y me mira como yo te miro a ti, o eso quiero creer. Eres una bruja. Embrujas y conjuras con tus palabras aquello que más queremos a nuestro lado: la poesía, la lírica, la belleza de un día nublado pero también de ese sol que da a las plantas y a las flores hasta metamorfosear su apariencia. Eres agua que cae, como así también eres agua que corre. Eres el semen de las flores, convertido en mujer. Flor de loto flor de lis que te apareces sobre la poesía, sobre los cantos de esta naturaleza que creíamos perdida y que tú nos has ofrecido en este libro. Quédate a mi lado. Protégeme con estas flores que me ofrezcas, como una ofrenda a la vida, a lo que presiento mundano y tú mitificas. Sincera y poderosamente tuya, una lectora que quiere leer más tuyo, que quiere profundizar más en ti, que quiere que la amarres con tus conjuros de flor de loto flor de lis.

FRAGMENTOS DE TINIEBLAS

JUAN JIMÉNEZ GARCÍA

LA CASA DEL RECUERDO Y DEL OLVIDO, DE FILIP DAVID (AUTOMÁTICA)

ción, vamos advirtiéndolo que es inaprensible. La luz que rompió la vasija y expandió la oscuridad. Siempre, llegado aquí, recuerdo el título de una novela del escritor inglés William Golding: *La oscuridad visible*. El mal, tal vez, solo sea la parte aprehensiva de las tinieblas. Filip David enlaza todas estas búsquedas, todas estas pérdidas, con una. Albert Weiss es un superviviente del holocausto judío. Su padre, en el tren que los llevaba hasta una muerte segura, logró hacer un hueco por el que lanzar, a aquel terreno nevado que atravesaban, a Albert y a su hermano pequeño, Elijah. Pero cuando Albert cae, cuando logra ponerse de pie, cuando se pone a buscar a ese hermano pequeño, no da con él. Ha desaparecido. No será capaz de encontrarlo. Ni entonces ni más adelante. No lo encontrará nunca y, en ese abandono, no se separará de él jamás. Rescatado por un guardabosques alemán, que había perdido recién-

temente un hijo, sobrevivirá, y con él esa ausencia del otro. Esta será una historia más en un libro que recoge otras, que es una reunión de fragmentos, de cosas rotas. Vidas, destinos, pasados, presentes, futuros. Somos capaces de compartimentar el tiempo en formas verbales, pero no hemos encontrado una que reúna precisamente la ausencia de tiempo, de tiempos. O la presencia de uno en el que todos los demás se retuercen, forman un amasijo informe, se vuelven indistinguibles. *La casa del recuerdo y del olvido*, es también el lugar donde se precipitan estas palabras. Donde buscando, habitación a habitación, esos recuerdos, intentamos liberarlos del olvido al que están condenados. Condenados por la acción de los hombres y por los mecanismos de defensa con los que estamos contruados. Pero, cuando esos mecanismos fallan, cuando es imposible que se activen, porque aquello de lo que nos defien-

den está devastado, no queda nada dentro, cuando nos preguntamos una y otra vez por el sentido de ese mal, buscarle significado a una palabra tan breve pero cuya persistencia puede llegar a ser infinita, inagotable, qué hacer... Mientras ese sucedáneo del Orient Express avanza en la noche, mientras va hacia el día, mientras va hacia el corazón de Centroeuropa, mientras por un fallo queda totalmente sumido en la oscuridad más absoluta, mientras salta en el tiempo y cae en las mismas trampas y alambradas del pasado, la pregunta por el significado del mal (repito una y otra vez, repite una y otra vez), subsiste. Acaba por serlo todo, contenido y contenedor. La pregunta. Preguntarse una y otra vez, estamos hechos de preguntas y respuestas que tantas veces no logramos atrapar. Quizás porque no existan, o porque nos negamos a aceptarlas. Cuando esas respuestas escapan a la lógica o a la forma, cuando se convierten en abstracción, en cenizas, queda escribir, recorrer abismos, remontar caídas, juntar trozos de cosas rotas. Seguir laberintos, intuir minotauros, pensar que encontraremos un hilo y que Ariadna existe. Existe y nos espera. Allí, al otro lado.

ORGANIZAR LA VIDA

ÓSCAR BROX

RELATOS, DE DEBORAH EISENBERG (CHAI)

o no quieren, según se mire- colmar. En sus relatos hay sexo rápido, cualquiera diría que frío, hombres y mujeres equivocados, y esos microcosmos, un piso compartido o la casa de un viejo amante, que pasan de escenario a espacio, casi, mental. A un estado. Hay drogas, también, pero su autora trata cada tema con cierta distancia. Sin hedonismo ni, afortunadamente, autocompasión. La cuestión pasa por preguntarse si es realmente posible cambiar de estilo, de vida, saber cómo organizar ese rompecabezas cuando son tantos los años moviéndonos en una misma dirección. Y ante ese dilema, por así decirlo, Eisenberg opone la espera. El paréntesis. Tan largo que prácticamente desemboca abruptamente en el final del relato. Pensemos en esa mujer que cambia Estados Unidos por Canadá para estar con un hombre que pertenece a su pasado. O para volverlo a ver. O para tener sexo con él. Eisenberg no establece una jerarquía clara, solo deja constancia del impulso necesario para que esa acción tenga lugar. Ante esa euforia inicial, la autora opone la ausencia del hombre. Es época de fiestas. La mujer, por tanto, se queda sola en un escenario desconocido. Y lo hermoso es que esa pintoresquísima relación de personajes y situaciones no propicia, de por sí, lo que podríamos llamar

una reflexión sobre la autoalienación de su protagonista. Creo que Eisenberg es consciente de ello, pero prefiere cuestionar a qué nos lleva eso: ¿sabemos distinguir entre nuestras elecciones vitales? ¿Son estos impulsos síntomas de la dificultad para organizar nuestra vida? Y si lo son, ¿realmente no dejamos de seguir con nuestras vidas, pese a todo? Ese es el punto: pese a todo. El regusto amargo que dejan sus relatos nos recuerda cómo nos trastabillamos ante cualquier dilema vital. Hagas lo que hagas, nunca colmas ese anhelo con el que comenaste la historia. De ahí, quizá, que en esa amargura uno encuentre, asimismo, numerosos puntos de humor. De mosaico tragicómico. Porque Eisenberg nunca oculta que sus criaturas son ciertamente patéticas, pero lo que quizá admira de ellas es esa dosis de arrojo para enfrentarse a los envites de la vida. Su facilidad para mostrarse frágiles, caprichosos o incoherentes, para compartir una raya o un polvo fugaz, una conversación que no lleva a punto alguno o esa larga espera que, más que a una persona, nos remite al mismísimo porvenir. Y, por el camino, una colección fascinante de personajes, caricaturas y momentos entre la euforia vital y la flojera moral.

De la colección destaco ese relato en el que una hija, con una vida demasiado atribulada para su edad -ahí diría que Eisenberg describe esa etapa en la que cultivamos hasta la saturación la necesidad de tener un estilo propio- se enfrenta a la muerte inesperada de su madre. A la ausencia de un padre que, en verdad, continúa vivo. A las mentiras de un pasado. A un presente escrito con la mano floja. Y, quizá, a un futuro que está por organizar. Su estilo es, si cabe, más maduro que en las anteriores historias; Eisenberg trabaja cada detalle para cumplir con el efecto buscado: algo parecido a un desnortamiento, ese instante de consciencia en el que observamos cada fragmento de nuestra vida tirado sobre el suelo, como pedazos de recortes sin orden aparente. Y la ansiedad, el anhelo de algo mejor, si bien no sabemos el qué. Ni el cómo. Ni, desde luego, el cuándo. Decía que sus relatos son dignas radiografías de la América de la época: frágil, debilitada por la ofensiva neoliberal, que produjo tantos estragos en la economía como en la vida interior. Pero lo más sorprendente, lo más adictivo de su escritura, reside en esa habilidad para saber trasladar la euforia y la agitación de sus personajes a un texto que palpita entre dudas, angustias, deudas y dolores. Que es lo mismo que decir que siempre está vivo. Anhelante. Esperando a que el lector se sumerja en él para organizarlo y responder cada una de sus cuitas. Dicen que Deborah Eisenberg escribía poco: esta colección de relatos hace justicia a su austeridad y a su brillantez a la hora de transportarnos hasta el ojo del huracán del corazón humano.

Escribo en un lugar que no es el mío (si es que ese lugar mío existe). Estoy en una terraza. Al fondo, hay una casa deteriorada por el tiempo. Más al fondo, el mar. En el mar, algún barco. Algún barco que espera. Sigue esa niebla persistente que iguala el cielo con el mar, convertidos en un todo azulado. Así, el barco parece suspendido en una nada. En la nada. Esta mañana, cuando la niebla se adentraba hasta las calles, cuando ocupaba jardines, se oían las sirenas. Creí oír las sirenas, alertando de su presencia. Conforme escribo, sé que estoy dando vueltas no a esto que me rodea, a aquello que me rodeaba, sino al libro de David, a *La casa del recuerdo y el olvido*. Un libro que también se mueve en la espesura de una niebla, que hace sonar las sirenas, que avisa de peligros, pero que sabe que nada, más allá del azar (si hemos de creer en la existencia de este), evitará nuevas catástrofes, nuevas derrotas. Un libro que busca encontrar el significado del mal. Entender ese mal. Algo que creíamos conocer, pero que, tras leer el libro, entendemos menos. Porque en esos intentos de encontrarle una explicación, de encontrarle un sentido, de encontrarle, qué menos, un significado, una defini-

Uno de los libros que más he releído en los últimos años es *Vuelos separados*, una colección de relatos de Andre Dubus. Volver a sus historias me recuerda la capacidad que tienen los escritores norteamericanos para apuntar la lente del microscopio hacia la fragilidad de la vida en esos entornos suburbanos, por lo general, anodinos. Habla de matrimonios rotos y *affaires* de ida y vuelta, pero lo hace con esa sensibilidad literaria a la hora de detectar lo humano en todo ello: la euforia, el deseo, las bajezas, la vergüenza... Pienso en Dubus al terminar de leer esta otra colección, la que escribe Deborah Eisenberg. Su América, en verdad, no es la misma. La de la autora arranca en los 80, época engañosa en la unos y otros, por diferentes motivos, vieron cómo se desinflaba el sueño cultivado décadas atrás. Lo digo porque uno entra en su mundo con algo así como el pie cambiado, preguntándose qué caray le sucede a las protagonistas. Y así, de buenas a primeras, lo que explica Eisenberg es que resulta difícil llevar a cabo eso que tantas veces se nos exige desde distintos frentes: cambiar de estilo. Los dos primeros relatos, los de producción más antigua, comparten una narración en primera persona que el resto de historias sacrifican. Quizá por ello resultan los más íntimos. También, los más escurridizos, porque Eisenberg no parece interesada en resolver rápido las situaciones; más bien, las mantiene en tensión, al precio de agobiar a sus criaturas con unas cuitas existenciales que no pueden -o no saben

EL MAPA

FRANCISCA PAGEO

FUEGO LA SED, DE MARÍA SÁNCHEZ (LA BELLA VARSOVIA)

Estamos ante el segundo poemario de María Sánchez, *Fuego la sed*. Un poemario que recorre la genealogía de un lugar, que es un mapa, un territorio en el que habitar si somos capaces de sobrellevar el peso de haber nacido. María Sánchez surca el vasto pellizco que nos transmiten la huella y el arroyo en el que estos poemas viven. Es este un poemario que es un conjuro, pues la autora invoca a los elementos como si de un acto de magia y amor se tratase. Duermen los animales, el fruto, el ave. Duerme la autora sobre las palabras para soñarlas así, de esta manera tan huidiza pero a la vez tan exacta: «Ya no hay agua / que arrastre / todo aquello / que no supimos decir.» Los elementos que invoca viven por y para ellos mismos. Se destaca el agua y la tierra, que como urdimbres, van recogiendo aquello que el aire no ha sabido proteger. La belleza de la naturaleza en este

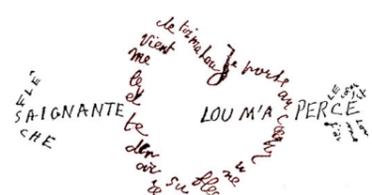
poemario es innegable y nos invoca a nosotros mismos también para hacernos partícipes. Aquí somos amados sin darnos cuenta, somos habitados por los poemas de Sánchez como si las palabras supiesen crear una casa, un cobertizo en el que protegernos. Así es como se protege la poeta, invocando las palabras, haciéndolas crecer bajo las extensas campiñas que nos proporcionan las imágenes de este libro. Porque es un libro de imágenes, de pinturas que buscan un lugar en el que hallar claridad y siembra. Así, este mapa en el que nos hallamos recoge hálitos de vida y templanza: «Queríamos ser flor / brizna cáscara de cereal / un tallo quebradizo / líquen / corteza.» Cómo el hombre recorre estas tierras y las transforma, cómo quiere las tierras y las recoge. Pero aquí estamos sobre todo ante una mirada. Y es que a veces miramos porque no podemos hacer otra cosa. Y eso que mira-

mos se transforma como los guijarros por el suelo, en el que bailan las plantas y en el que el vuelo de los pájaros hacen detonar una vida por vivir. Una vida que existe gracias a aquello que hemos sabido mirar bien. Es este un poemario sobre la mirada. Las cosas resplandecen cuando las huellas empiezan a existir, pero, ¿qué es lo que hace que algo resplandezca? Es la poesía, el signo vital de la vida, de lo que sobrevuela. El marco y los bordes de este libro son un umbral. El poemario, este poemario, ha creado su tiempo y espacio propios. Es un escondite del mundo de ahí fuera, pero es mucho más que eso. Sólo leyéndolo podemos verificarlo.

15 DE JUNIO, 18:30
LLIBRERIA RAMÓN LLULL

EL CLUB DE LAS
PRÓXIMAS LECTURAS
POR DÉTOUR · CLUB.DETOURES

EVERETT · SVANKMAJER · PAUL
HARKAHM · PEREC · CHAGALL



literaturas

literatura en détour

LITERATURAS.DETOURES

ENLACES: DETOUR.ES | DIARIOS.DETOURES |

[CORREO: REVISTADETOUR@GMAIL.COM](mailto:REVISTADETOUR@GMAIL.COM) |

[CUADERNOS DE NOTAS: FLIPBOARD.COM/@REVISTADETOUR](http://CUADERNOSDENOTAS.FLIPBOARD.COM/@REVISTADETOUR)

[TWITTER/TDETOUR](https://TWITTER.COM/DETOUR) | [INSTAGRAM/REVISTADETOUR](https://INSTAGRAM.COM/REVISTADETOUR) | [FACEBOOK/REVISTADETOUR](https://FACEBOOK.COM/REVISTADETOUR)